

Obituario

Dr. Amado Saúl Cano (1931-2015)



El 19 de marzo de este año murió el Dr. Amado Saúl Cano y la Dermatología no sólo mexicana, sino latinoamericana, perdió a uno de sus más distinguidos dermatoleprólogos. El Dr. Saúl nació en la Ciudad de México el 10 de enero de 1931, fueron sus padres el Sr. Amado Saúl España y la Sra. Ángela Cano Retana, ella era una señora encantadora a la que tuve el agrado de conocer y tratar, porque Amado era el mayor de sus 8 hijos, lo quería mucho y solía acompañarlo a los Congresos.

Al Dr. Saúl le «tocó –según sus propias palabras– estudiar en el Centro de la ciudad; la primaria estaba en la calle de Cuba... En ese tiempo casi no había escuelas particulares, la mayoría eran oficiales, y muy buenas.» Desde pequeño le gustaba jugar al doctor y le interesaba todo lo que tuviera que ver con la medicina, por lo que cuando a mitad de la secundaria le dijeron que tenía tendencia a ir hacia otras ramas, él insistió: «yo quiero biología» «y a la hora de entrar a la preparatoria, donde

ya se separaban los bachilleratos, entré al de biología», en la Nacional Preparatoria de la UNAM.

Cursó sus estudios profesionales en la Facultad de Medicina de la UNAM (1948-1954). El internado lo hizo en el Hospital de la Mujer, ubicado entonces, en donde está ahora el Museo Franz Mayer y presentó su Examen Profesional el 25 de junio de 1954.

Recuerdo que a finales de 1955, se presentó en el Pabellón 11 del Hospital General de México, porque le llevaba al Maestro Latapí un ejemplar de su Tesis «Tratamiento de la sífilis reciente con penicilina» y al Maestro le pareció muy buena, por lo que cuando le pidió asistir al Servicio, porque le interesaba la Dermatología, lo aceptó.

Fue entonces cuando lo conocí, porque en esa época la enseñanza era tutelar y el maestro solía encargar a uno de los médicos que ya teníamos tiempo de estar en el Pabellón o en el Centro Dermatológico Pascua, explicáramos a quienes llegaban, la forma en que se trabajaba, pienso que él ya sabía, porque era amigo de la Dra. Josefa Novales y cuando le comentó que le agradaba la dermatología, ella le aconsejó que fuera a ver al Maestro Latapí.

El Maestro era muy generoso y cuando encontraba a alguien que realmente se interesaba por aprender, le enseñaba todo lo que él sabía y Amado fue un gran discípulo, no sólo aprendió lepra, micosis, tuberculosis, terapéutica dermatológica... sino a ver en el enfermo a un ser humano y a exponer los temas con la sencillez y la amenidad con que lo hacía Don Fernando.

Considero que a partir de 1956 empieza la vida profesional del Dr. Saúl, era muy inteligente, muy activo, no es posible referir aquí todo lo que hizo, pero sería una falta grave no mencionar algo, publicó muchísimos trabajos más de 300, tanto en revistas nacionales como internacionales, su libro «**Lecciones de dermatología**», cuya primera edición apareció en 1972, llegó a la 17.

Fue Subdirector Vespertino del Centro Dermatológico Pascua, Jefe del Servicio de Dermatología del Hospital General de México durante 25 años. La docencia le encantaba y fue Profesor de Dermatología de Pregrado en la Escuela de Medicina del Instituto Politécnico

Nacional y Profesor de Pregrado y de Postgrado en la Facultad de Medicina de la UNAM.

En 1960, el Secretario de Salud Dr. José Álvarez Amézquita, designó al Dr. Latapí Jefe del Programa para el Control de las Enfermedades Crónicas de la Piel (lepra) y el Maestro contó con la colaboración eficaz y responsable de Amado, que después de Latapí fue uno de los grandes dermatoleprólogos reconocidos no sólo en México sino internacionalmente, escribió muchos trabajos sobre lepra y el capítulo de su libro es impecable. Entre las numerosas tesis que asesoró, está la del Dr. Salvador Vargas sobre la talidomida, fueron ellos dos los primeros que la utilizaron en México, para el tratamiento de la reacción leprosa. Hay algo que no he encontrado que lo haya mencionado nadie y es que dedicó un número de «Dermatología Revista Mexicana», para publicar la bibliografía de los Dermatólogos del Centro Pascua.

Amado Saúl debe haber tenido como todos, personas que no lo quisieran, pero en general todo el

mundo lo apreciaba porque era muy educado, sabía darle su lugar a cada persona, su trato era sencillo, respetuoso y amable, excepcionalmente se expresaba mal de alguien y cuando lo hacía comprendía uno la razón que tenía.

Era una persona muy culta, leía mucho y le encantaba la música, tocaba muy bien la guitarra y según se sabe compuso 180 canciones.

Fue uno de los discípulos que más quiso el Maestro Latapí y con razón, porque fue siempre un ejemplo de lealtad. Recuerdo cuando estuvo muy mal de salud, al grado de que tuvieron que extirparle un riñón y la actitud del Maestro era como la que he visto en ocasiones en los padres que esperan con angustia cuando tienen un hijo gravemente enfermo.

Personalmente lo recuerdo con especial afecto y ruego a Dios lo tenga muy cerca de Él.

Dra. Obdulia Rodríguez